

# EL AMIGO DE LA INFANCIA

BIENESTAR  
BIBLIOTECA MUNICIPAL  
AÑO LVIII  
D\*

MADRID 16 DE AGOSTO DE 1931

NUM. 33



LA REINA DE SABA

## LA REINA DE SABA

El pueblo de Israel vivió casi en completo aislamiento hasta que se estableció en él la monarquía.

Bajo el reinado de David dió comienzo una nueva era celebrándose alianza con el rey de Tiro.

Estas relaciones se extendieron durante el reinado de Salomón hasta los reyes de Egipto.

La fama de la sabiduría de Salomón extendióse a los más lejanos confines, hasta el punto de proporcionarle la visita de la reina de Saba (Sceba).

Presentóse ésta en Jerusalén con grande y rico acompañamiento, con camellos cargados de aromas, de oro sin cuenta y de pedrería.

La reina quiso comprobar la reputación de sabio que Salomón tenía, y propúsole, según oriental costumbre, obscuras cuestiones; no hubo cosa, sin embargo, que se pudiese encubrir al rey ni a que este no respondiese.

La reina de Saba quedó confundida ante aquel portentoso de ciencia y exclamó:

Dichosas tus gentes y dichosos tus siervos que están siempre delante de ti y oyen tu sabiduría, superior aún a tu fama.

La reina hizo un presente a Salomón de ciento veinte talentos de oro, aromas y piedras preciosas.

Jamás se trajeron después tantos aromas como los que regaló la reina a Salomón.

Este, a su vez, dióla cuanto le pidió la delumbradora soberana, sin contar los demás obsequios que le hizo de su grado.

## MICIFUZ Y RATON-PEREZ

El señor Micifuz estaba hambriento;  
¡cuatro días sin comer!  
Sentía en el estómago calambre  
doloroso y violento.  
Ratón-Pérez (de todos es sabido  
que es Pérez de ratones nombre propio)  
astuto y precavido,  
se asomó de su cueva al periscopio.

Reflexiona el morrongo:  
—Mientras esté en la cueva,  
lo que es en este mozo no me pongo;  
hay que inventar alguna cosa nueva  
para ver si sacarlo se consigue.  
Y comenzó el colquio como sigue:  
—Aguardándole estaba, ratón caro,  
porque me está pasando algo muy raro.  
—¿Qué es ello?

—La conciencia me remuerde;  
ya para viejo voy, y entre los gatos  
ninguno cometió más desacatos;  
pero, puesto que el alma no se pierde  
si logra contrición,  
a implorar he venido su perdón,  
como lo hice en todos los lugares  
donde delitos cometí a millares.

El ratón contestó:—Me alegro, hermano;  
será su muerte la de un buen cristiano;  
yo, por mi parte, mi rencor retiro.

A Micifuz no le gustó este giro  
y así le suplicó: —Déme la mano  
a fin de demostrarme que es mi amigo  
y que no tiene nada conmigo.

El ratón, que era un pillo,  
repuso: —Hermano, yo se la daría,  
mas, por desgracia mía,  
me he caído y la llevo en cabestrillo;  
se la daré otro día, si lo encuentro.  
Y sin más, internóse cueva adentro.

El que esta fábula haya comprendido  
no se fie de gato arrepentido.

## EL SEÑORITO

(Continuación)

## II

Merced a su fácil y corta imaginación el señorito fué considerado, si no como una estrella, como uno de los alumnos más distinguidos de las cátedras de Derecho, circunstancia que prestaba mayor vigor a las risueñas ilusiones de sus padres, los cuales sentían aumentar cada día su cariño y su admiración hacia aquel incomparable hijo, que era su orgullo y felicidad; le mimaban con extremo cariño, y vestían al chico como un príncipe, en tanto que ellos iban hechos unos Adanes para que el señorito no careciese, no ya de lo necesario, aun de lo superfluo.

Manolín sin ser desagradecido era lo suficiente vanidoso para corresponder con irritante desdén a los sacrificios de sus padres.

En el fondo de su ruín espíritu no había, no había ni átomo de gratitud para los suyos, y es que los suyos le habían ensalzado tanto, tanto habían ponderado sus talentos, que el día que llegó a darse cuenta de lo que era, tan alto se tasó, que toda su atención, su simpatía, su afecto se los rindió a sí mismo; los demás, ¿qué eran comparados a él? nada; unos pobres ignorantes incapaces de comprenderle, ni de elevarse a la altura de su privilegiada inteligencia; por eso cada día se apartaba más del trato de antiguos camaradas, se desdeñaba de alternar con los de su clase mostrando el mayor retraimiento con amistades que le habían sido muy gratas antes de pagarse tanto a sí mismo.

Las comadres de la vecindad aseguraban a Pepa que el señorito pagaría con una monstruosidad sus sacrificios, a lo cual solía contestar siempre la madre del estudiante con destempladas exclamaciones.

Bien se echaba de ver que era la envidia, solo la envidia, lo que movía sus torpes lenguas.

Como las fatuidades de su portento habían dado al traste con la paciencia de sus vecinos de tienda, Pepa tenía al principio un altercado por día, luego le salió por hora, hasta que finalmente, acabó con todas sus amistades, y no sólo esto sino que Rafael perdió sus parroquianos.

Atormentábale a veces al buen hombre a pesar de los optimismos de su esposa, vagas inquietudes.

La soledad que se hacía en su derredor le causaba inconsolable tristeza; Pepa atendiendo a las necesidades de la casa y del taller apenas si podía acompañar a su consorte, y falto de compañeros con quienes departir, se pasaba las veladas de invierno en un rincón de la trastienda leyendo novelas, y en verano, al abrigo de una parra, pasaba las noches recordando días más felices y esperando con angustiosa incertidumbre que llegaran otros mejores.

El monótono canto de las ranas y de los grillos le distraían a veces de sus negras ideas, pero era tan poco agradable la distracción, que para sustraerse a sus molestias Rafael se entregaba de nuevo y con más vigor a sus tristes cavilaciones.

Pepa, por su parte, dormía fuerte. El sueño de color de rosa que adormecía su

cerebro era tan grato, que nada era capaz de desvelarla; al contrario, con más fuerza la dominaban y cada vez eran más bellas y deslumbradoras las ilusiones que hacía surgir en su fantástica imaginación. Los desvíos de su hijo, las tristezas de Rafael, las pullitas de la vecindad y el retraimiento de sus parroquianos, eran niñerías que la preocupaban poco; su idea fija y constante era cuando su Manolín sería juez y ella podría ocupar en la sociedad un puesto que la permitiera alternar con lo mejorcito de la clase, y mandar a paseo a cuantos la hubieran mirado con indiferencia.

Algunas veces hablaba con su hijo de los planes que para el porvenir había formado, pues era justo que después de las privaciones sufridas, su padre y ella aspirasen a disfrutar de una holgada vejez, a cuya discretísima observación el señorito se limitaba a contestar.

—No se apure usted por lo que debo hacer en cuanto me gradúe, eso corre de mi cuenta.

### III

Y acabó la carrera, y si Pepa no perdió el juicio al abrazar a su hijo, sería sin duda porque no lo tuvo nunca; de lo contrario aquella exaltación que sintió dentro de su cabeza hubiera desorganizado para siempre su cerebro.



A LOS QUE A DIOS AMAN,  
TODAS LAS COSAS LES AYUDAN A BIEN

Un piadoso minero se vela frecuentemente expuesto a las burlas de sus camaradas incrédulos.

Tenían con él un rato de mofa, cuando le oían decir: «A los que a Dios aman, todas las cosas le ayudan a bien.»

Un día, al ir a bajar al pozo de una mina, se sentó a quitarse la blusa, y dejó en el suelo la cestita donde llevaba su comida, que consistía en pan y chorizo.

Pero un perro hambriento, aprovechando una ocasión favorable, le hincó los dientes al chorizo y echó a correr.

El minero marchó trás él, acompañado de las burlas tumultuosas de sus camaradas, que le repetían: «Dí todavía que lo que acaba de acontecerte, te ayuda a bien.

El perro se paró cerca de un gran arroyo con el fin de poner en seguro su presa y el minero tuvo que volver sin haber logrado alcanzarle.

Mientras tanto sus compañeros de trabajo habían bajado ya a la mina; pero en el momento en que se disponía a seguirlos, oyó como un trueno.

Habían hecho explosión los gases de la mina; los más burlescos camaradas de nuestro piadoso minero perecieron, y si no se hubiese hallado en la imposibilidad de acompañarles por la pérdida de su comida, es lo probable que él hubiera también perdido la vida.

Por esta circunstancia tan poco afortunada vió que le había llegado un gran favor; y ahora pudo con entera seguridad decir:

«A los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien.»

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año: en España y Repúblicas Americanas, 3,00; en todos los demás países extranjeros 4,50.* —Librería Nació Extranjera, Caballero de Gracia, 60, Madrid.

Imprenta: Bravo Murillo, 72